

## HABLA MISTER HYDE, MONÓLOGO NOVENO

La mía era una vida impudicamente feliz. Mi jornada de placer – no la tenía de trabajo – comenzaba a la caída de la tarde. Salía a la calle con mi traje postinero, mi bastoncillo de junco o mi sólido bastón si pensaba adentrarme esa noche por *Whitechapel* o alguna otra zona *non sancta* de la gran ciudad, mi flor malva adormecida en el ojal de la solapa, el sombrero duro como una copa de champán ... Todo Londres era mío: ¡la ciudad más excitante del mundo era mi sitio privado de caza y aventura! A lo largo de las horas, mis goces iban conociendo una evolución hacia lo oscuro (...) Y en cada lugar, me permitía el exquisito estímulo de una *cierta* brutalidad, de un punto chispeante de grosería que incurría francamente en lo ofensivo sin hacerse totalmente intolerable (...) Los locales se iban haciendo cada vez más sórdidos, la risa de la mujeres más estruendosa y provocativa, el humo de los cigarrillos más acerbo: del champán pasaba al coñac, del coñac a la ginebra. Era el inicio crepitante del verdadero peligro, las mesas se volcaban con facilidad, los dados o los naipes pedían sin pensarlo dos veces testimonios a las navajas ... Pero yo he sabido siempre mirar de tal modo que la mano armada quedara sin sangre.

La noche no acababa con los gritos de la prostituta en el afelpado silencio de mi tugurio secreto en aquel barrio malo. A veces me llevaba horas elegir la, luego se me hacía imprescindible como en un relámpago. Siempre la elegía muy borracha (...) la edad, el tipo, eran lo de menos. Por increíble que parezca, hubo algunas a las que llegó a gustarles mi trato; me buscaban después como perras, aunque nunca quise repetir con la misma. Pero la noche no acababa aquí. Era a la vuelta a mi casa, ya de madrugada, cuando lo más delicioso podía tener lugar. Cruzaba las calles elegantemente residenciales llevando dentro de mí todo el chapoteo de los rincones prohibidos de donde venía (...) Una de esas magníficas madrugadas fue cuando tropecé con aquella niña de ocho o diez años, a la que mis bastonazos no lograron más que hacer gritar cada vez más: aparecieron los vecinos, sus padres, qué sé yo ... apenas pude salir bien sobornando con cien libras a aquellos piojosos energúmenos. Pero hubo testigos que se fijaron en el número de la casa en la que entré para buscar el dinero y eso luego me trajo complicaciones ...

Toda esta existencia feliz y despreocupada ha llegado ahora a su fin. Jekyll me ha declarado abiertamente la guerra. No se resigna a mis excursiones, a mi presencia cada vez más activa en su intimidad. Ahora se debate como una fiera cuando me acerco a él, me impone sus obsesiones y sus límites: quiere confinarme en el tedio de su laboratorio, en la medocridad insoportable que llama “morigeración” de sus costumbres. Me propina con frecuencia aburridas veladas con sus amigos, donde la diversión se reduce a una interminable charla junto a la chimenea con una copa de coñac en la mano, si el tiempo es frío ... ¡Y qué conversaciones! No tiene el coraje de hablarles de mí, que soy lo único que le preocupa, lo único que realmente desea y por tanto lo único a lo que teme. Se retuerce para no mencionarme, sufre como un condenado pero no suelta la prenda: incluso prefiere pasar por loco o por cómplice de un malvado. Garrapatea para desahogarse el diario con el que cuenta darse ánimos. Terminará matándome y ambos lo sabemos. Yo no puedo impedirlo ni liberarme de él antes de que encuentre la fórmula para aniquilarme. Lo que quizás sí esté a mi alcance – a esta posibilidad se aferra ahora todo mi rencor – es llevármelo por delante cuando acabe conmigo. ¡Ah, sí, miserable, ese veneno que me preparas ha de unirnos para siempre! Yo no voy a volver a mis rondas y jadeos, pero tú tampoco volverás tranquilamente a tu club y tu Academia. Aunque sospecho que nada te importan, después de haberme conocido. Maldito Jekyll, ¿por qué me quitas lo que más deseas?